N. 36.

TRAGEDIA.

ECIO TRIUNFANTE EN ROMA.

EN TRES ACTOS.

ACTORES.

Valentiniano III. Emperador de Roma.
Ecio, General de las Armas Cesareas.
Maximo, Patricio de Roma.
Fulvia, hija de Maximo.
Honoria, hermana del Emperador.
Varo, Capitan de los Pretorianos.
Damas.
Soldados y pueblo.

ACTO PRIMERO.

Magnifica plaza, iluminada artificiosamente para recibir à Ecio, triunfante de Atila. Trono imperial à un lado con la guardia real estendida; y al otro lado coro de Damas Romanas con laureles en Vandejas. Valentiniano y Maximo adelantados en la Scena, y Varo retirado al pie del trono.

Coro. El valeroso Ecio
en hora feliz venga,
donde laurel frondoso
su feliz sien guarnezca,
y todo Roma vea
en su triunfo las glorias de su Cesar,

Max. Señor, no con mas fausto pudo Roma
ver á la regia prole de Quirino
celebrar aquel grande ultimo dia
de su segundo lustro, divididos
noche y horror se notan: separados
sombra y silencio; y el afán festivo
del popular aplauso que os aclama;
no os dexa que envidiar los que al antiguo
pueblo Romano mereció su Augusto,
de quien sois sucesor quizás mas digno.

Val. La voz que en mi favor al Cielo elevan
gozoso escucho: atiendo complacido
la expresion de sus votos reverentes,
y del pueblo mas fiel la pompa admiro;
aguardo al vencedor que á mi me trae
la gloria, y á su patria el regocijo:
mas el triunfo mayor que oy arrebata
mis afectos, solo es, (Maximo amigo)
tu bella hija, la divina Fulvia,
á quien el trono y las victorias rindo.

Max. Fulvia aprendió de la humildad del padre

A á

à no aspirar al Solio ; pero el mismo
exceso de humildad es suficiente
para no despreciarlo y admitirlo
de mano de su Cesar.

Val. Bien pudiera
ser mas amante, y el semblante esquivo
moderar à mi vista, imaginando
que no es premio el desdén de un amor
fino.

Max. Vano es, Señor, temer que ella no
os ame,
pues que no se le oculten es preciso
prendas en vos que admira el Universo;
¿pero quando el respeto no hace tibio
qualquier afecto? ¡ah tirano Cesar!
probarás mi venganza y tu castigo.

Var. Ecio se acerca; y à la primer guardia
de su sequito proxima distinguo.

Val. Oír del vencedor quiero los triunfos.
Maximo ven, y partiré contigo
las glorias que me dá la suerte amiga.

Max. Si; mas yo de la injuria no me ol-
vido, *ap.*
por mas que yo à tu designio aplaudo,
presto será horroroso tu destino. *Tocan.*

Sentado Valentiniano en el Trono, quedandose à su derecha Maximo mientras el Coro llega. Varo à formar su guardia que incorpora, quando llega la que precede à Ecio, y luego que este sale le cumplimenta y conduce al Solio, à cuya izquierda se queda. Ecio despues de besar la mano al Cesar se retira, y llegan soldados que ponen vandera al pie del trono: todo el acto será sostenido de una regia marcha de la Orquesta con clarines y timbales.

Music. El valeroso Ecio
en hora feliz venga,
donde laurel frondoso
su feliz sien guarnezca,
y todo Roma vea
en su triunfo las glorias de su Cesar.

Ecio. Supremo Emperador Valentiniano,
Tercero de este nombre, cuyo invicto,
cuyo inmortal laurel fecundan tantas
victorias, quantos son sus enemigos;
y con cuyo eficáz sagrado impulso
obra feliz el debil brazo mio;
Atila, aquel terror de los mortales,
ya pisa castigado y fugitivo
los helados países que le vieron
armarse contra Roma tan altivo,
siendo el primero yo, que jamás pu
ver de Atila la espalda: él sol no
visto
mayor estrago: fué el terreno angos
para los muertos; y formando el ri
bermeja en vez de palida corriente
era fatal presagio de los vivos.
Se confundieron iras y temores;
y entre los vencedores y vencidos
el horror se esparció de tal manera,
que acobardó al valor el valor mism
no hubo amago sin golpe, ni hubo gol
sin muerte; y en aquel comun conflict
fué mas feliz el que murió primero,
sin ver tantos funestos parasismos.
No gran tiempo dudosa aunque temibl
la victoria se vió, porque oprimido
el tirano de tus augustas armas,
cedió, buscando vergonzoso asilo
en los montes, que tarde le valiera
si me opongo à su fuga y le persigo;
pero no, que el valor de los Romanos
no se empleó jamás en los rendidos,
ni en los que la veneran, ò la temen
Roma jamás ensangrentó el cuchillo;
además de que tubo en su defensa
à otros muchos politicos motivos.
Atila en fin huyó, dexando el camp
poblado de tesoros infinitos,
que conduzco à tus pies por testimoni
fiel de que batallamos y vencimos,
y porque añada Roma estos blasones
à los innumerables de su archivo.

Val. Mas vencidos que Atila, Ecio glo-
rioso,
quedan mi obligacion y mi cariño;
pues por ti los laureles que en mi frente
mal seguros estaban, quedan fixos,
y el Tiber por tu diestra vencedora
la paz y libertad ha conseguido:
Bajando del Trono.

toma mis brazos, unica columna
de mi imperio, y al Cielo hago testigo
de mi amistad mientras tu allá discurres
si hay premio que ser pueda justo y digno
de tu valor: si à tu valor no vuelvo
algo de tanto como le he debido,
no te puedo dár dón que no sea tuyo
sino mi confianza; mas te afirmo
que no hay triunfo mayor, ni mayor gloria
para mí, que tenerte por amigo:
descansa pues, y goza felizmente
parabienes del pueblo agradecido,
mientras dispones el robusto brazo
à mayores conquistas, pues tu brio
podrá perpetuar solo en Tarpeya
de la aguila triunfante el feliz nido,
y el Imperio estender à quanto alcanza
de sus dos alas incansable el giro.
¿Maximo, donde vas? no es bien que al lado
de Ecio falte oy el principal patricio
que le acompañe.

Max. Solo à obedecerte
sabes, ò gran Señor, que siempre aspiro.

Val. El Cielo os guarde. *Vase.*

Max. Las aclamaciones
sigan al Cesar y el rumor festivo.

Coro. El valeroso Ecio &c.

Max. Bastante tiempo distes à la gloria:
concede algun instante à los antiguos
vinculos de amistad: dexa que apriete
en numero tan fausto y tan propicio,
Ecio amado, tu mano vencedora.

Ecio. El gozo de mirarte al regocijo
de mis triunfos excede; ¿pero Fulvia
à donde está? ¿donde se oculta? miro
venir acelerado todo el pueblo
à mi pompa, y de Fulvia no consigo
ver el amable rostro, ni en su labio
el primer parabien atento he oído:
gran novedad recelo.

Sale Fulvia.

Max. Aqui está mi hija;
que hasta que hablases con el Cesar quiso
no confiar sus nobles sentimientos
sola à la vista.

Sale Fulvia triste.

Ecio. ¿Amada? ya mas digno
de ti vuelve tu esposo, confesando
que á su amor y tus gracias ha debido
la mitad del trofeo; pues entre armas,
entre iras, combates y peligros,
mi gloria y mi pasion me estimularon
sin diferencia; ¿pero que he adquirido?
¿que he conquistado? ¿que laurel merezco,
si á ti no te merezco y no consigo?
¿ú no logran mas premio mis fatigas
que las verdes guirnaldas y los himnos?
¿pero qué es esto? ¿al suspirado nombre
ù de amante, ù de esposo, tu divino
semblante afliges? ¿este es el alhago
á que aspiré, despues de haber sufrido
ausencia tan cruel para consuelo?
¿qué mas hicieras al volver vencido?
¿asi me acojes?

Fulv. Yo, Señor... ¡qué pena!

Ecio. ¿Señor? ¿tanto respeto tu conmigo?
¿Señor? ¿porque constante no me llamas?
¿porque no, esposo? pero ya imagino
que no eres para mí la que antes eras.

Fulv. La misma soy... atiende, (mis suspiros
me ahogan) padre, dile mis pesares,
que yo no encuentro voz para decirlos.

Ecio. Habla, Maximo; nada me reserves.

Max. Callé hasta ahora, porque no he querido
con nuestra quexa interrumpir tu aplauso:
¿mas cómo hemos de estár, quando vivimos
bajo un yugo cruel? no hay pensamiento
seguro aqui, ni es libre el alvedrio.
Tu victoria (que limite á las fuerzas
puso de Atila) se las ha añadido
á las crueldades de Valentiniano:
era el temor de tantos enemigos
como Roma tenia, freno al Cesar;
pero ahora que logró tu brazo invicto
aniquilarlos, y estender las glorias
de su trono; habrá el pueblo de sufrirlo
mas cruel, mas tirano.

Ecio. No lo creo,

ù por lo menos bien oculta ha sido
hasta ahora para mi su tiranìa.
¿De ella qué pruebas tienes, ò que indicio?
¿qué es lo que quiere? dì.

Max. Quiere á tu esposa.

Ecio. ¿Mi esposa? ¿Fulvia? ¿y que se ha consentido
por vosotros mi ofensa y su deseo?

Fulv. ¡Ay de mí!

Max. ¿Pues que arte, que camino
contrario he de adaptar? ¿quieres la exponga
negandole su mano á los arbitrios
de un tirano Monarca, y que renueve
por conservarla libre, de Virginio
el tragico exemplar que dá la historia
para escandalo eterno de los siglos?
no es facil, Ecio; solo tu pudieras
de nuestra esclavitud romper los grillos
y castigar tu agravio, pues el pueblo
y las armas gobiernas tu á tu arbitrio.
Ultrajado tu amor y Roma opresa,
claman por la venganza; y yo te afirmo
que jamás se ofreció victima al Cielo,
mas agradable que un Monarca impio.

Ecio. ¿Qué es lo que dices, Maximo? ¿el disgusto
vence asi tu virtud? es Juez indigno
de su causa el mas cuerdo sentimiento.
Son los Reyes aquellos escogidos
de las deydades entre los humanos,
para darnos idea del divino
poder, y acostumbrar nuestro respeto
á obedecer sin indagar sus juicios.
Son Dueños de la tierra: son los padres
de sus vasallos y de sus dominios:
solo el Cielo es su Juez; y de su cuenta
solo pende su premio, ò su castigo;
medios habrá mas propios de nosotros
que la infidelidad.

Max. Aun mas admiro
tu fé que tus alientos: ¡ò alma grande!
¿quién de amor y de zelos el activo
impulso vence, sino tu constancia?
desmientan mis ideas otro estilo.

Fulv. ¿Ecio, y con tal sosiego me abandonas
á los brazos del Cesar? ¿tu tan tibio?
tu si que vuelves otro del que fuiste,
pues tan cobarde estás, y tan remiso
en defender á quien por ti desprecia
la vida y el Imperio.

Ecio. Dueño mio,
hasta ahora libre estás: yo hablaré al Cesar,
y verás de semblante mas propicio
nuestra suerte.

Fulv. ¡Oh deidades! si le hablas,
tu vida temo.

Ecio. ¿El Cesar ha sabido
nuestra correspondencia?

Max. Temerosos
de sus furores, nada le digimos.

Ecio. ¿Pues paraque culpais sus intenciones?
vuestra la culpa y el error ha sido:
si nuestro amor no sabe, es mas fineza
en sus inclinaciones que delito:
si él lo supiera, sé que sofocára
sus afectos primero que decirlos,
porque conoce bien quanto me debe:
y quando aspira á ser reconocido
no habia de pretender desagradarme.

Fulv. ¿Tanto confias de él? ¡ah que delirios,
qué sobresaltos cercan mi memoria
asaltada de tristes vaticinios!
es muy amante Augusto, y es sobervio;
tu tambien eres demasiado altivo,
y yo soy infeliz: mira con quantas
razones poderosas temo y lidio.
Grave pesar el corazon inquieto
me está pronosticando en sus latidos:
reflexiona el empeño, no le digas
nada de nuestro amor::- mas sin decirlo,
¿qué modo habrá de suspender el suyo?
no lo sé: solo sé que desconfio
de mi esperanza que hables, ù que calles:
tan fatal y tan cierto es mi destino.

Ecio. ¿Sabes con el extremo que te adoro?
¿sabes que vengo vencedor? que vivo
del Cesar estimado, no por facil
razon, por simpatia, ò por capricho,
sino por mis hazañas y mi cuna?

sabes,

sabes quanto me está reconocido?
¿y en fin sabes que soy tu esposo y lloras?

Fulv. Si; porque temo::-

Ecio. No hagas desperdicio
de tus lagrimas, Fulvia, porque valen
mas que quantos laureles yo consigo:
¿á llorar vuelves y que te abandone
mi valor temes? ¿desagradecido
á tu favor me juzgas? ¡qué injusticia
haces á mi lealtad! yo te soy fino,
y el Cesar será justo: no anticipes
los pesares, mi bien, con prevenirlos.

Max. Ansioso el pueblo de volver á verte,
dirige aquí otra vez sus regocijos.

Ecio. Mezclemonos con él disimulados,
que no son de la hora ni del sitio
nuestras ideas: queden reservadas
hasta que en el examen mas prolixo
se asegure el acierto, y queden libres
del Cesar la opinion y el honor mio.

Fulv. El Cielo te oyga, y premie con su influxo
de mi perenne llanto el sacrificio. *Vase.*

Magnifica galería con arañas iluminadas moderadamente, y varias puertas que la comunican con las habitaciones imperiales. Salen Honoria con alguna Comparsa por un lado y Varo por el otro.

Hon. Varo, del vencedor solo pregunto,
de sus victorias no; que esas son tantas
y tan publicas, que no hay parte alguna
donde se ignore: dime pues; ¿le aclama
el pueblo? ¿le reciben con aplauso?
¿la guerrera fiereza que acobarda
la vista de quien mira su semblante,
viene mas formidable, ò moderada?
¿le recibió mi hermano con cariño?
¿ha ofrecido algun premio á sus hazañas?

Var. Permite, bella Honoria, que me admire
de oirte acaso mas interesada
en las noticias de Ecio que en el triunfo:
excesivas parecen en la hermana
de Augusto esas pregnntas, y mas propias
que de una Emperatriz, de una vasalla.

Hon. ¡Misera esclavitud de nuestro sexo!
pues luego nos suponen inclinadas,
si algun nombre dos veces repetimos.
Honoria el tiempo en su retiro gasta
sin acudir á populares fiestas:
nada he visto, por eso preguntaba
de su recibimiento.

Var. Tambien puede
ser misterio de amor esa tardanza
en dejarse ver de él.

Hon. Por tus servicios
te sufro necedad tan temeraria;
¿asi piensas de mí quando no ignoras
de su estado á mi estado la distancia?

Var. De Ecio el valor admiran los mortales;
el mundo queda lleno de su fama;
habla de él con respeto el enemigo;
Roma le adora; el Cesar le idolatra:
¿pues qué mucho será que tu le quieras
persuadida de tales circunstancias?

Hon. ¡Ay Varo! pues te muestras tan su amigo,
delante de mi hermano no le aplaudas
ni exageres su merito: es el Cesar
de índole sospechosa: le arrebata
la envidia, y en su oído ser pudieran
riesgos de Ecio tal vez sus alabanzas.

Var. Yo como de Ecio amigo te prometo
hablar mas cauto: pero si le amas
no te atormentes con disimularlo,
siendo tu inclinacion tan acertada.

Hon. ¿Sabes que quiere el Cesar?

Var. No Señora;
solo decirte me mandó que vayas
á su presencia.

Hon. Vamos::- pero Fulvia
se acerca de su padre acompañada:
ella vendrá á buscarme, y él al Cesar;
quedate á prevenirla que se vaya
á esperarme á mi quarto; y á él que no entre
por un rato.

Var. Lo haré como lo mandas.

Hon. ¡Oh importuna grandeza! quantas veces

de la mejor pasion fuiste tirana! *vase.*

Salen Maximo y Fulvia.

Var. ¿Maximo, donde vas?

Max. A ver al Cesar,
y asistir á su lado: mas estraña
quizá que mi venida es tu pregunta.

Var. Te lo digo porque ahora entró su hermana
llamada de él á hablarle, y me previno
que para entrar aguardes á que salga,
y á ti que la esperases en su quarto.

Fulv. ¿Y acaso sabes paraque la llama?

Var. No; mas sin duda darle querrá parte
de la tranquilidad que Roma canta
por Ecio: ¿dime, donde le dejaste?

Max. Satisfecho de aplausos en su casa
rodeado de parientes y de amigos.

Var. Aun el abrazo del mayor le falta;
voy á darsele: cuida mientras vuelvo
de responder al Cesar si nos llama. *vas.*

Fulv. ¿Es tiempo, padre mio, que concedas
algun escaso desahogo al alma
oprimida? tu prometiste al raro
afecto de Ecio ya sin repugnancia
mi mano: yo miré distintas veces
en tu rostro el contento que mostrabas
á esta union; ¿y ahora quieres obligarme
á que fingiendo sufra mi constancia
los alhagos del cruel Valentiniano?
de que no seré suya asegurada,
yo te obedeceré; mas no te entiendo
ni comprehendo ¿porque quando esperaba
de Ecio lograr la mano, me previenes
que olvide tan dificil esperanza?

Max. Jamás intencion tube de engañarte;
sosiega el susto que te sobresalta;
y cree, hija, que el talamo del Cesar
no menores disgustos en mi causa;
pero es preciso.

Fulv. ¿Padre, y sufririas
que la inocente mano de tu amada
hija, con la vil mano se enlazase
del mismo que violando las sagradas
leyes de la amistad á tu consorte
solicitó? ¿te olvidas? ¿asi agravias
las quejas dignas de un honor romano?
¿asi abates, Señor, la soberana
idea de los Heroes que te dieron
el sér? ¿asi deslumbra tu venganza
el resplandor del trono? ¿no es bastante
credito de lealtad el olvidarla?

Max. Llega á mi pecho, llega digna parte
de mí, que ese odio ilustre, esas vizarras
expresiones del animo merecen
por premio mis mayores confianzas:
¿si podrán escucharnos?

Fulv. Es dificil.

Max. Con todo oye á esta parte retirada:
sabe, hija mia, que ha llegado el tiempo
de vengar á tu madre, y las tiranas
invenciones del Cesar atrevidas
tanto, como le fueron malogradas.
El odio vive en mi disimulado,
aguardando ocasion en que la maña
desempeñe el defecto de las fuerzas,
y esta llegó si tu con él te enlazas
ingeniosa, no amante y cariñosa
de aquel noble furor (en que se afianzan
otras romanas glorias inmortales,
quando por el honor y por la patria
el azero empuñaron vengativo,)
y apenas en tus brazos á las blandas
caricias le sugete su deseo;
el atrevido pecho le traspasa
muchas veces, vengando mis ofensas
y las tuyas.

Fulv. ¡Qué horror! Señor, aguarda;
reflexiona el consejo tan impropio
de tu prudente voz, y de las altas
ideas de virtud que me enseñaste.
¿Me pudiera exponer ante las aras
y los ojos del Cesar con el rostro
sereno, y la intencion tan ocupada
del sobresalto y del delito? ¿quando
no fué el temor indicio de la infamia?
¿pudiera yo imitar las almas viles
que impuramente, como acostumbradas
al crimen le cometen sin zozobra?
reo feliz se ha visto veces varias;
mas no reo seguro: y demás de esto
¿no ves, Señor, que es fuerza se empeñára

todo el pueblo en vengar su soberano?

Max. El pueblo le aborrece.

Fulv. ¡Quanto engaña
una ciega pasion al mas discreto!
¿pues se ignora del vulgo la inconstancia?
¿no ves, Señor, que el mismo que aborrece
mientras vive, en muriendo le idolatra?

Max. ¿Me acuerdas el rencor, y luego muestras
para dejarle airoso, repugnancia?

Fulv. Disimula, Señor, que te hable libre,
à tiempo que tu mente preocupada
del odio inexorable no previene
las contingencias: yo no aconsejaba
una traícion al mundo tan odiosa;
solo fué mi intencion que te acordáras
de que el Cesar no es hombre que merece
mi cariño, ni nuestra confianza;
pero merece al fin nuestro respeto,
que es nuestro Soberano.

Max. Por mas sabia
te tube, y no tan timida: en materias
de culpa y de virtud dexa á las almas
viles la reflexion; que las ilustres,
atienden solo à la mayor hazaña.

Fulv. No son estas las fertiles semillas
que estableciste para mi crianza,
desde el dia primero de mis años
en mi pecho hasta ahora: tus palabras,
ò entonces me engañaron, ò pretenden
ahora engañarme.

Max. Debe dár tan varias
como la edad el Maestro las lecciones;
pues diferentes maximas adaptan
al adulto que al niño: mira como
te he podido engañar.

Fulv. Ahora me engañas,
Señor; porque el amor à las virtudes;
y el horror á las culpas nos inflaman
naturalmente á todos, y conforme
son los principios que en el seno arraigan,
son los frutos: ò dime, padre mio,
quando el horror de la traícion disfrazas,
ò disfrazar pretendes á mis ojos;
¿tu discurso y tu pecho no se hallan
del furor y de la ira combatidos?
piensa mas en tu gloria; y si me amas
no sacrifiques tu inocente hija
al idolo cruel de tu venganza.

Max. ¿Te atreves á irritarme y dár consejos
sin ver desde ti á mi la gran distancia?
acuerdate que soy tu padre, y que eres
hija desobediente y temeraria.

Fulv. No me acuerdes, Señor, que eres mi padre
que ya lo sé, y en prueba que humillada
á tanta dignidad te reverencio;
á llorar tu intencion y mi desgracia
(donde no puedas verlo) me retiro:
Deydades influid en mi constancia. *vas.*

Max. ¡Qual es mi desventura! estando llena
la tierra de malvados; quando clama
por uno mi furor; Heroes son todos:
para irritar à Ecio no me bastan
las espuelas de zelos: en mi hija
debo tener mayor desconfianza:
¿pues qué he de hacer? podrá mi sentimiento
olvidarse sin que se satisfaga?
no es posible: aconsejame, discurso,
qualquier medio, y por mas que te acobardas
en el principio, el golpe determina;
mas ya le hallé: primero que del Alva
vea el Cesar la luz, verá las sombras
eternas: los impulsos y la traza
daré, y el brazo me prestará Emilio,
que mas que yo aborrece su tirana
condicion: muera pues Valentiniano:
queden mis intenciones sosegadas;
y quando mal suceda y no se logren,
emplearé mis astucias y mi maña
en hacer que perezca el traydor Ecio,
persuadiendo es su quexa quien le arrastra,
porque el amor de Fulvia le compite,
y el Cesar ciegamente la idolatra:
á Ecio él mira envidioso de su gloria,
y es facil que lo crea; y quando salga

con-

contrario todo lo que yo imagino;
valor me sobra para ver la cara
de la adversa fortuna: pero Augusto
viene; queden mis iras reservadas
para despues.

Sale Val. Sepa Ecio que deseo
tratar con él negocios de importancia:
antes que se recoja di que venga,
porque de sus fatigas y sus marchas
quiero añadir para descanso el premio.
¿Maximo amigo?

Max. ¿Gran Señor, qué mandas?

Val. No sabes quanto deben perturbarme
de Ecio las glorias: Roma solo habla
de sus Conquistas, y conformes todos
su libertador unico le llaman.
Yo lo conozco, y él tambien lo sabe
demasiado: aqui es fuerza que me valga
de arbitrio honroso con que me asegure
de su fidelidad: la mano blanca
de Honoria, y la mitad de mis laureles
serán su premio; porque no se sacian
con menos vanaglorias que se infunden
de aclamacion y merito fundadas:
ni menor recompensa me parece
que puede ser de mi temor fianza.

Max. Es cierto que por él toca en exceso
de idolatria el vulgo; y casi ultraja
(con no acordarse de él) al Soberano;
y es cierto que pudiera:: pero basta,
que Ecio será muy fiel; yo no lo dudo:
verdad es, que si en esto se engañára
nuestro juicio; quizás el ensalzarlo
fuera dár mas motivo á su arrogancia.

Val. El premio, la amistad y la hermosura,
ocupan toda la ambicion de un alma.

Max. Tambien la enciende; y quando el fuego es grande
aun el mar le alienta y no le apaga.

Val. ¿Qué determinacion darme pudiera
seguridad mayor? ¿quieres que haga
empeño en perseguirle sin motivo,
paraque mis alientos y mi fama
del odio universal objeto sean?

Max. Tambien, Señor, quando hay superior causa
debe sufrir un Rey el odio ageno
y al amor despreciar.

Val. No es acertada
esa maxima, amigo: la clemencia
es el blason mayor en los Monarcas:
mas vale ser amado que temido:
la opresion y el temor aunque acobarda
los vasallos tal vez; tambien à veces
los estimulan para las infamias
y la infidelidad.

Max: Mas que otro sabes
el arte de reynar: oculta llama
los discursos alumbra de los Reyes:
disculpe mi osadia mi ignorancia,
y el zelo que me inspira à tus quietudes
yo solo pretendi que te acordáras
de que no puede haber peligro leve
si le dexa crecer la confianza. *vase.*

Val: Cree qualquiera q̃ está lejos del trono
que la suerte del Rey es la mas fausta
y desde el trono miran con envidia
los Reyes la quietud del que no manda.

Sal. Ecio. Venturoso à tu vista otra vez
vuelvo.

Val. Restaurador de la opinion Romana
glorioso Capitan de sus legiones:
despejad, y à ninguno dés entrada: *vanse.*
no quieren dilatarte mis caricias
el breve plazo que hay hasta mañana,
ni que omiso me juzgues en premiarte;
fruto de tu lealtad y tus hazañas
son las tranquilidades del Imperio:
los escarmientos de quien le amenazaba:
mis glorias, mis laureles, todo es tuyo,
y aunque el Solio te dé, no te doy nada;
prodigo quiero ser y soy mendigo;
pues toda mi grandeza es limitada
à tu merito grande y mis ideas.

Ecio. Gran Señor, si à la frente de tus armas
en favor tuyo sirvo, ¿que mas premio
tengo que apetecer que la esperanza
de volver á servir á un Soberano
que conoce el que sirve y á la patria?
sé que logro tu amor, Cesar Augusto,
¿qué mas heroyco premio? estè le basta
á mi gran corazon.

Val. No basta al mio;
quiero que sepa el mundo, y que me
aplauda

tan

tan liberal à mí, como esforzado
te aplaude à tí y tu opinion ensalza:
no te puedo hacer Cesar absoluto;
pero puedo acercarte á las sagradas
sombras del laurel, tanto que se dude
si á ti ò à mi nos ciñen sus guirnaldas:
mi augusta sangre se unirá á la tuya
en prueba de mi amor: y asi, mañana
será Honoria tu esposa y yo tu hermano.
Ecio. ¡Cielos! ¿qué escucho?
Val. ¿No respondes? ¿callas?
Ecio. ¿Pues pudieran, Señor, no sorprenderme
honras tan desmedidas y tan altas?
Señor, Honoria pide un Rey, un trono;
y en mi ha de limitar sus esperanzas.
Val. Vasallos como tu son mas que Reyes,
pues es acaso de la suerte varia
lograr el trono, pero merecerle
es heroica virtud de grandes almas.
Ecio. Señor, el Cielo ha destinado à Honoria
para darle progenie de Monarcas
à la tierra; y conmigo unida solo
puede darle vasallos: ¿no reparas
que en la union de dos almas desiguales,
la mia oprimes y la suya ultrajas?
Val. Con tan prudente, tan ilustre nudo
nada pierden el mundo, ni mi hermana;
y aunque perdieran, siendo tu á quien premio,
ni mi hermana, ni el mundo se quejáran.
Ecio. Yo consentir no debo que tu mano
parezca á todos (viendola tan franca
conmigo) que es injusta.
Val. Hablemos claro;
entre nosotros pensamiento no haya
reservado: ¿son solo tus escusas
respeto á Honoria, ò juzgas limitada
la recompensa? mira que es sobervio
y ambicioso de mas el que no abraza,
no recibe el honor, ò le resiste
viniendo de la mano Soberana.
Ecio. Pues dá exemplo á la mia tu franqueza;
diré que el alto honor que me señalas
no es premio para mi, sino castigo.
Val. No creí que una esposa tan cercana
al Imperio, tan linda y virtuosa,
fuese castigo para tí.
Ecio. Al que ama.
constante una beldad, otra no es premio.
Val. ¿Dónde está esa beldad que asi contrasta
tu exaltacion y el merito de Honoria?
¿dime su nombre pues? ¿es mi vasalla?
Ecio. Señor, Fulvia es mi bien.
Val. ¿Fulvia? ¿qué escucho? *ap.*
Ecio. Si Señor: él se turba y se arrebata. *ap.*
Val. ¿Y sabe ella tu amor?
Ecio. Lo dificulto:
muera yo, y ella quede disculpada. *ap.*
Val. Pues vé, procura su consentimiento
y el de su padre.
Ecio. Con el tuyo basta,
Señor; que de los otros ya me encargo.
Val. ¿Pues no pudiera estar ella inclinada
á otro amante, y acaso prometida,
y que resista Maximo tu instancia?
Ecio. No me persuado que haya quien se atreva
á usurpar temerario la esperanza
á quien á Roma libertó del yugo
que la oprimia, y que la avergonzaba.
Val. Supongamos el acaso que le hubiese.
Ecio. Veria que Ecio con la misma espada
que vence á los contrarios del Imperio;
sus contrarios vencia y castigaba.
Val. ¿Y si yo fuese? di.
Ecio. Seria entonces
mayor el premio, y seria una hazaña
digna de un Cesar el vencer su gusto.
Val. Si; pero una merced tan temeraria
no la pide á su Rey ningun vasallo.
Ecio. Cesar es Soberano, y las bastardas
pasiones jamás pueden abatirle:
es Ecio quien la pide; Ecio, que tantas
victorias le ofreció sin premio alguno;
Ecio, por quien el nombre se dilata
de Roma en los confines de la tierra;
Ecio, á cuyos peligros y constancia
el Cesar debe sus tranquilidades;

Ecio en fin aquel mismo que acobarda
tu liberalidad para sus premios,
pues aun tu sangre juzgas que no alcanza.

Val. Quando yo sé tu merito me ofendes
en repetirle tanto y le desáiras.

Ecio. Yo le repito porque me disputan
la unica recompensa á que aspiraba.

Val. No mas: bastante has dicho; bien entiendo
quizá á tus ojos mas que á tus palabras:
yo lo resolveré, mas tu entretanto
aprende á ser prudente, y con las armas
de la razon á dominar tu orgullo;
y hasta que se modere tu arrogancia,
no vuelvas á exponerte á mis enojos,
ni de tu corazon en confianza
ni de mi gratitud; porque aun que pienso
con excesos de amor desempeñarla;
si tu temeridad la desmerece
sentirás mi tibieza y tu desgracia.

Ecio. Mira, Señor, con que debil motivo
mi fé desluces, mi lealtad ultrajas:
mira que no merezco tan esquivas
correspondencias, y que el mundo aguarda
(admirado de ver como te sirvo)
impaciente, hasta ver como me pages. *va.*

Val. ¡Oh Dioses! quan sensibles, quan comunes
son las pasiones de la vida humana!
ni respetan el trono, ni perdonan
al humilde pastor en la cabaña:
vacilante el Imperio largo tiempo
llenó mi corazon de las opacas
ideas del temor de ser vencido.
Se acaba este pesar al ver mis armas
triunfantes, y reparo en un vasallo
altivo y vencedor, á quien aclama
y desvanece Roma: le prócuro
asegurar con premios, y con quantas
honras á saciar basten su codicia,
y todo lo desprecia: me declara
su amor, arguye al mio, y en mi pecho
introduce las fieras, las amargas
pasiones de la envidia y de los zelos
que me aflijan, me asusten y combatan:
¡oh afectos viles, cómo se conocen
en vuestra multitud vuestras villana
naturalezas! pero poco importa
si os resiste el valor y la constanci
aqui de mi prudencia; y entre tant
que la consulto para dár la sabia
resolucion mas util y mas digna;
concededme, Deydades soberanas,
ò influxo que domine el de mi estr
ò estrella que no influya tan contra

ACTO SEGUNDO.

Magnifico jardin adornado de palma estatuas con una fachada, y puerta del lacio imperial en el foro; poca luz irá aumentandose imitando al ama cer. Jardin y luces abajo y vista Palacio; y sale Maximo inquieto co discursivo.

Max. ¡Qué silencio tan grande¡ hasta ojas,
las aguas y los pajaros parece
suspenso el canto, y natural susurr
que cobardes alietan, ò que duerm
aun está quieto el imperial Palacio;
ninguna voz percibó, y ya en Orient
apunta el claro dia: en todos reyna
(sino en mi) la quietud: ¡empeño fu te!
¿si habrá Emilio complido su palab
y executado el golpe que me ofrece
para vengar mis iras y mi agravio?
que perezoso está::-

Sale Fulv. Padre::-

Max. ¿A qué vienes?

Fulv. ¿Padre, qué has hecho?

Max. Yo, hija, nada::-

Fulv. ¡Oh Dioses!
Valentiniano fué de mano aleve discurr
asaltado en su lecho, y yo
cuya fué la traicion: padre, tu eres.

Max ¿Pero por fin murió?

Fulv. Piensa en salvarte,
que cercando el recinto va la gente
armada, y al traydor ansiosos busca
mira

mira, Señor, que llegan; huye, vete.
Max. Dime si vive, Fulvia, ò si ya á muerto.
Fulv. No lo sé; solo sé que se extremece
la tierra y que se irritan las Deydades
del atróz pensamiento: no se arriesgue
tu vida, ya que se arriesgó tu fama.
Max. ¿Cobarde, qué te asusta? ¿de que temes?
si el golpe se ha logrado no hay motivo:
yo propio voy á verlo.
Fulv. Padre, tente.
Sal. Val. Tomad todos los pasos, y á ninguno
se permita salir, sea quien fuere:
Maximo, Fulvia, ¡quién creído hubiera
semejante maldad!
Max. ¿Pues qué sucede?
Val. ¿Quando traícion igual ha sucedido?
¡Cielos!
Fulv. ¡Padre infeliz! *ap.*
Max. ¡Qué no muriese! *ap.*
Val. ¿De quien me he de fiar si en mis amigos
se ocultan mis contrarios?
Max. ¿Cómo pueden
darse almas tan traydoras y tan viles?
Val. Maximo, si; las hay; y tu me entiendes.
Max. Ay de mi! s habrá Emilio declarado
que fuí quien le animó? ¡tirana suerte!
Val. A tanto llega la ambicion humana
quando se precipita; mas defiende
la vida de un Monarca el mismo Cielo;
en vano Emilio del nocturno alvergue
la sagrada quietud profanó altivo;
en vano juzga quando me acomete
que el sueño y el descuido sean terceros
de sus maldades; pues por mas que mueve
sin ruído alguno la atrevida planta,
por mas ligero que la mano acerque
al pecho para dár seguro el golpe,
y por mas prevenido que encarcele
todo el aliento, porque ni aun el ayre
de sus respiraciones me despierte;
le siento, me levanto, y entre sombras
hallo el azero, y antes que pudiese
huir voy á la puerta dando voces
porque venga la guardia á socorrerme,
y cerca de ella siento que la espada
que llevaba delante se detiene
en un bulto; furioso la introduzco
en él, y lo repito algunas veces
hasta que no le encuentro, y de su fuga
sus lastimosas quexas me previenen.
Salgo, encuentro la tropa, y á la escasa
luz de la nueva aurora que amanece
veo la espada sangrienta, mas no hallamos
el autor de tan barbaro accidente.
Max. Quizá Emilio no fué.
Val. Aun que sus voces
eran suspiros, pude conocerle
al tiempo que le herí.
Max. ¿Pues con qué intento
pudo un siervo intentar accion tan fuerte?
Val. Del siervo era la accion, mas el designio
fué de otro mas cruel.
Fulv. ¡Cielos, valedme!
Max. Dexa que vaya en busca del infame.
Val. A cargo está de Varo; no receles
que se pueda ocultar á su eficacia.
Max. Perdido estoy: quizá mas diligente
pudiera yo que no él::-
Val. Maximo, amigo,
estimo tu lealtad; mas no me dexes:
¿quién sino tu me puede dár consejo
y amparo en este lance?
Max. Ya obediente
á tu voz me detengo.
Fulv. Ya respiro.
Max. ¿Y á quien, Señor, de tanta maldad crees
el Autor?
Val. ¿Pues qué duda cabe en esto?
Ecio: ¡qué tu tambien no lo sospeches!
mas tu verás que exemplo le dá á Roma
su vida, si el delito le convence.
Ful. Este susto faltaba solo al pecho. *ap.*
Max. No puedo persuadirme que Ecio fuese
tan traydor; ò á lo menos no hay motivo
de que lo sea; pues apenas viene

triunfante, cariñoso le recibes,
adornas su cabeza de laureles,
todo el Imperio excitas á su pompa,
y á Honoria por esposa le concedes:
es verdad que el aplauso y los honores
tal vez obligan á desvanecerse
al mas discreto; y la ambicion (como antes
dixiste tu) es dificil se modere.
Ecio se vé querido de la patria,
adulado de amigos y parientes;
es dueño de las armas, es temido,
es joven, es vizarro y es valiente;
aunque no es tan extraño se le olvide,
que es vasallo, y en ser Señor se empeñe.

Sale Varo y soldados.

Var. Ni indicios del traydor hemos hallado.
Val. ¿Pues dónde se ocultó tan facilmente?
Var. No lo sè, gran Señor; y sino el quarto
de Honoria no hay retiro que no quede
reconocido.
Val. ¡Qué bien meditada venia la traícion!
Max. Pero ya ausente
el traydor y el intento malogrado;
no debe haber temor que te moleste:
yo, si me dás licencia te aseguro
inquirir cauteloso y sagazmente
toda la trama: y si de mi te fias;
ò ya viva cobarde entre la plebe,
ò ya esforzado en Ecio ù otros nobles
patricios la consulten, ù la alienten;
descubrirla y ponerlos en estado,
que asegure tu vida con su muerte.
Val. Pues, amigo, en ti dexo mis temores
y mis cuidados; solo tu me puedes
aliviar; y ningun contrario temo,
con la fe que me juras y mantienes.
Varo, ven tu conmigo: ¡quién vió nunca
mas infeliz y mas obscura suerte! *vase.*
Var. Venid á continuar en el examen
luego q̃ el Cesar en su quarto quede. *van.*
Fulv. ¿Quién tal mal se aconseja, padre mio,
de su enorme delito? ¿por fin quieres
á Ecio culpar?
Max. Si, necia; que su ruina
la mia estorva y mi opinion defiende
él preso, queda el Cesar sin escudo,
y esto solo à mis iras les conviene.
No es, no para talentos femeniles
este cuydado; dexa que lo piense
quien sabe mas que tu.
Fulv. Pues sé mas justo,
Señor, supuesto que tan sabio eres.
Max. Quando á mi honor dispongo la venganza,
no soy injusto, no; y aun que lo fuese
para volver atrás es ya muy tarde.
Fulv. Nunca es tarde, Señor, quando se vuelve
á buscar la virtud; y en tales casos
quien detesta el error queda inocente.
Max. ¿Qué, no es posible contener tu orgullo,
ni moderar tu labio? ¿qué pretendes?
¿me quieres enseñar lo que aprendiste
de mis lecciones, ò que à tu amor debil
sirva mi tolerancia de tercero?
mas que tu padre al fin, Ecio te debe
refrena, Fulvia, el labio licencioso,
y no me irrites mas: ò calla, ò vete.
Fulv. ¿Que calle y no te irrite, quando veo
al Monarca asaltado de rebeldes;
tu reo de la traícion; Ecio acusado;
y yo entre los terribles intereses
de mi amor, mi lealtad y tu peligro,
cercada de temores evidentes?
tolerelo quien pueda, amado padre:
si quereis verme muda y obediente;
detesta tus horribles intenciones,
ò permite que cuerda te aconseje.
Max. Ya perfida, conozco, que deseas
sacrificar mi vida à tu indecente
pasion; mal haya, amen, mi lengua facil
que nada te ocultó, quando imprudente
por salvar al esposo, al padre acusas,
y al propio honor la inclinacion prefieres.
Yo soi el traidor, yo: vé y manifiesta
al Cesar que yo soy::-
Fulv. Señor, suspende tus furores.

Des-

Max. Descubrelo, atrevida,
quite en mi triste vida à tus placeres
el caduco pesar que lòs dilata.
Di que me maten y à tu esposo premien;
mas piensa en el momento que lo oigas,
que à quien el sér te dió le dás la muerte,
y que de un padre hará la fatal sombra
tus dias melancolicos y breves. *vase.*
Fulv. ¡Dioses! ¿qué haré? que en tan terrible lance
hablar y el callar es contingente:
si hablo, soy parricida y soy tirana:
de Ecio la vida y el honor perecen
si callo: ¡qué funestas ilusiones
mi corazon oprimen y obscurecen
mis discursos! ¡ah! que consejo habria::-
Sale Ecio.
¿donde vas, Ecio? ¿donde vas? detente.
Ecio. En defensa del Cesar; ¿donde ha ido?
Fulv. Huye, que en ti de la traicion desciende
la vil sospecha.
Ecio. ¿En mi? Fulvia, te engañas;
de mi fidelidad el Tiber tiene
altas pruebas y exemplos prodigiosos:
de las calumnias el temor no vence
al vencedor de empresas superiores.
Fulv. Yo lo oí, no confies; no te arriesgues:
el mismo Cesar te ha llamado reo.
Ecio. Aun que el Cesar lo diga no lo siente:
y quando un solo instante lo dudára;
la opinion general me favorece:
sugeta Italia, y admirado el mundo
la autoridad con que por él se estienden
las Aguilas de Roma y el Imperio,
(conservado por mi) quando quisiese
à mi lealtad hacer esa injusticia,
le harian ver su engaño bien patente.
Fulv. Yo bien sé que seria bien vengada
tu ruína de las mas remotas gentes,
que idolatran tu nombre y tus alientos;
¿pero quien te asegura ni defiende
de un golpe executivo? considera
que te pierdo, Señor, y que me pierdes
y mira que despues del infalible
golpe, qualquier consuelo tarde viene.
Ecio. Tu demasiado afecto, Fulvia mia,
te persuade peligros aparentes
donde no puede haberlos.
Fulv. ¿Y en que fundas
esa seguridad? no te despeñe
tu confianza; son tambien mortales
los heroes, Ecio; y aunque mas esfuerce
su merito el valor, se vé oprimido
del poder y del numero mil veces:
del merito no fies, ni le creas,
que es el mayor contrario que ahora tienes.
Ecio. Mi seguridad, Fulvia, está fundada
en un corazon puro que no teme;
en mi propia inocencia, en esta mano
necesaria al Imperio: no es tan debil
el talento de Augusto, no es tan necio
que no conozca que si à mi me pierde,
no adelantar podrá Roma sus glorias,
ni mantener las que por mi posee.
Sale Varo.
Fulv. ¿Varo, qué buscas?
Ecio. ¿Dime, Varo, amigo,
está ya descubierto el delinquente?
¿está el Cesar seguro? ¿en su defensa
puedo à tiempo llegar?
Var. A que te lleve,
Cesar me envia.
Ecio. Vamos sin pararnos.
Var. ¿No quiere eso de ti?
Ecio. ¿Pues di, qué quiere?
Var. Quiere las armas.
Fulv. ¡Ah, qué bien temia!
Ecio. ¿Y eso es verdad? ¿qué frenesi padece?
Var. No lo sé, amigo; solo sé que siento
mas tus pesares que si mios fuesen,
y que siento una accion à que me obliga
la confianza real contra las leyes
de la antigua amistad que profesamos.
Ecio. Nada sientas, pues sirves y obedeces:
toma y lamenta al Cesar, no á tu amigo.
¡Oh sospechosa gratitud! ¡oh endeble
corazon de un Monarca contrastado
de envidia y de temor! ¡que facilmente
la pasion te persuade, y facil truecas
el

el aplauso en pesar! mas teme, teme
que la desgracia que oy parece mia,
ha de ser llanto tuyo eternamente.
Y tu, Fulvia, serena e l rostro hermoso,
acuerdate de que romana eres,
y de quan poco influxo en nuestras almas
deben tener las iras de la suerte.
Ni te envanezca el bien, ni el mal te aflija;
ten constancia y no llores finalmente;
pues mi unico pesar, mi unico susto
solo será saber que tu padeces. *Llevanle.*

Fulv. Varo, Varo, si alguna vez amaste;
ten piedad de nosotros y defiende
su inocencia.

Var. Mejor que mis deseos
podras librarle tu si lo apeteces.

Fulv. ¿Cómo?

Var. ¿No te ama el Cesar? pues en siendo
esposa tuya darle vida puedes.

Fulv. ¡Ay Varo! Ecio es mi bien, y es imposible
que en mi pecho otro amor Jamás se hospede.

Var. Pues no lo digas, Fulvia; antes si piensas
salvar la vida de Ecio, es conveniente
que lo ocultes y amor al Cesar finjas:
medio no puede haber de que se templen
sus iras sino tu: finge à lo menos
que le estimas por mas que le aborreces,
por si entretanto que el traidor descubro,
su furor contra Ecio se suspende.

Fulv. Seguiré tu consejo aun que el estilo
ignoro de mentir: es indecente
empleo para un alma generosa
la mentira.

Var. Jamás á las mugeres
fué dificil empresa el fingimiento
ni es exceso en un caso tan urgente.

Fulv. Yo fingiré, mas tu no te descuides
en persuadir al Cesar que no arriesgue
en Ecio la defensa de su trono,
ni ponga en arma al mundo con
muerte.

Var. La obligacion de amigo y de vasal
en este lance son muy diferentes,
no sé si medio habrá tan poderoso
que amistad y lealtad ayrosas dexe.

Fulv. Confia en las Deydades, que p
dosas
con sus influxos tus intentos premie
y á mi me dén consuelos eficaces,
ò sagrados auxilios que me alienten.

Var. ¡Qué haya, fortuna, quien de ti se
y de tus inconstancias no escarmien
Ecio feliz, temido y victorioso
se vió anoche aclamado de la plebe,
de la romana juventud enviado,
modelo de virtudes; evidente
exemplo del valor, objeto amable,
de la tranquilidad que él establece
en el Imperio à costa de su sangre;
y á penas nueva luz la esfera encien
ya es objeto de lastima de todos,
ya es misero retrato de la muerte:
retrato que tal vez en la fortuna,
logra felicidades aparentes.

Magnifico salon con trono destinado á las Audiencias; salen Honoria y Maximo, y comparsas retiradas.

Hon. Maximo, mil razones poderosas
contra Ecio resultan, ya lo advierto;
él se opone á su Cesar confiado
en que á su fama el mundo está sugeto.

Max. ¿Y quien mas que tu debe condenar
le?
él desprecia tu mano y tus afectos
que envidian tantos Reyes: otra habria

Hon. Yo de la injuria mia no me acuerdo
no me la acuerdes tu, porque me hiere
del corazon el mas oculto seno,
no porque él me ame, ni porque él se
exima
de ser mi esposo, sino porque veo
desairada mi mano, y ofendidos
mi honor y mi altivez; mas con todo
esto
no puedo persuadirme á sus traiciones
ni de su heroicidad crimen tan feo.

Pero

Max. Pero tambien, Señora, tu clemencia
dará indicios de amor al vulgo necio
si á una justa venganza te opusieres:
y en esto ultrajas tu decoro regio,
tu digna autoridad y tu hermosura:
tu compasion, Señora, por lo menos
debes disimular quando no quieras
vengar tu justa quexa y tu desprecio.
Hon. No es mi mayor cuydado mi ofendida
autoridad, sino el oculto riesgo
de mi hermano; yo quiero que á Ecio escuches;
que disculpado él y hallado el reo;
del Cesar calmarán los sobresaltos.
Max. No hay duda, que en tal caso quizas Ecio
acepte tu real mano arrepentido,
mejor aconsejado y mas discreto.
Hon. Maximo, no me olvido de mi gloria:
aunque de todo el mundo descubierto
fuera dueño absoluto, no la espere;
no soi yo menos vana que el sobervio.
Max. Si lo es, y alucinado facilmente
dice (menospreciando tu respeto)
que repugna tu amor, que tu le adoras,
que á su placer dispone de tu afecto,
que Honoria ciegamente enamorada
le solicita á costa de sus zelos,
y que le será facil aplacarte
quando quisiere.
Hon. ¿Puede á tal extremo
llegar su infamia? sus temeridades
creidas han de ser por largo tiempo.
Maximo, te juro, yo á otro esposo
que subdito no sea del Imperio
concederé mi mano, porque vea
que ni á Honoria le pueden faltar reinos;
ni á un corazon ingrato, á un atrevido,
que fué facil, castigos y escarmientos.
Hace que se va; y sale Valentiniano y Comparsas.
Val. Aguarda, Honoria; mis tranquilidades
ya penden oy de tu consentimiento:
á un esposo feliz aun que enemigo
te debes sugetar; yo te lo ruego,
Hon. ¿Ecio se arrepintió? ¿sé yo su nombre?
Val. Demasiado lo sabes, y yo tengo
demasiado rubor al pronunciarlo.
Hon. Si á tu quietud conviene, yo no debo
nada oponer à tus disposiciones:
como padre y Monarca te venero.
Max. ¿Pues quando Ecio te agravia pretendes
premiarle liberal? yo no comprehendo
tus designios, Señor.
Val. Yo del indigno
traidor no hago memoria; à quien ofrezco
por esposo à mi hermana oy, es Atila.
Hon. ¡Ay infeliz!
Max. ¿Pues cómo?
Val. Un mensagero
acaba de entregarme en este instante
su humilde pretension en este pliego:
en esto manifiesta que sus faustos
vacilantes están sino cayendo,
y todo el mundo si ambos nos unimos
temblará nuestras fuerzas.
Hon. ¿Sabe Ecio
la demanda de Atila?
Val. ¿Pues qué, acaso
debo aguardar su gusto, ò su consejo
para resolver yo mis intenciones?
Hon. Para abatirle mas, y porque menos
necesario se crea lo decia.
Val. Al punto lo sabrá: ¿pero ya puedo
asegurar à Atila, que consientes,
fiado en tu palabra?
Hon. No; que quiero
antes mirarte libre, y castigado
al que la traicion resulte reo.
Inquierase el traidor, Ecio declare,
aplaquense mis sustos y tus riesgos,
que entonces libre con el rostro enjuto
Honoria explicará como es su afecto *va.*
Val. Tiene razon; notable es su fineza:
ola; que se conduzca el prisionero:
Vase Comparsa.
¿Maximo, di, podrá la union de Atila
asegurarme? dame tu consejo.
Max. Quizas te expones à mayor peligro
si quiere aproximarse, con pretesto
que es tan sagrado por lograr la idea
de su venganza: ¿quien sabrá si á Ecio
está

está aligado? casi lo asegura
el pronto y temerario pensamiento
de casar con Honoria; y si es notorio
que quando pudo traerle á tus pies preso
Ecio, libre á su fuga dexó el paso;
¿que mayores indicios, que receles
serán demás, en ocasion tan fuerte;
que aun tu no estás seguro? y demás de esto,
¿á no tener guardadas las espaldas,
seria Ecio traidor?

Val. Asi lo infiero.

Sal. Fulv. Dá, Soberano Augusto, á mis terrores
algun alivio: ¿está ya descubierto
el traidor, ù salvó su infame vida?

Val. Divina Fulvia, ¿qué prodigio nuevo
en cuidar de mi vida te interesa?

Fulv ¿Pues quién duda, Señor, que mi respeto
como á su Soberano te venere;
ni que mi amor te estime como dueño,
y dueño tan amante que se humille
por ensalzarme? (¡dadme valor Cielos!)

Max. ¿Finge, ó dice verdad? *ap.*

Val. Si mi peligro
amorosa piedad debe á tu pecho,
bien mi fineza te lo satisface;
¡ah! sino fuera por la traicion de Ecio
oy ciñera el laurel tu hermosa frente;
pero te juro pagará el perverso
bien cara la tardanza con su vida.

Fulv. Que debes castigar (quando sea cierto)
su delito, es verdad, y no es dificil;
pero piensa que le ama todo el pueblo
y que no hay otro Ecio que le pueda
contener, ni librarte con su esfuerzo
de las iras de un vulgo amotinado.

Val. Solo eso me detiene.

Max. A Fulvia entiendo. *ap.*

Fulv. Y si fuese inocente y le castigas,
¿qué fantasmas y que remordimientos
tu corazon sufriera? ¿qué desgracias
su muerte no causára en el Imperio?
te privarias de tan gran vasallo,
te aborreciera todo el Universo;
y mas fatal entonces te quedabas
de ignorado traidor al golpe expuesto,
y en continuo pesar quien te venera.

Val. Que él no sea el traidor, plegue á los Cielos:
no puedo hacer por él mas, Fulvia mia,
que traerle á mi presencia, y con afectos
mas de amigo leal que de Rey justo
dár el piadoso oído al verdadero
descargo, ò el perdon á la disculpa;
de mi llamado viene; yo te ruego
que autorizes el juicio, porque veas
que soy prudente mas que justiciero.

Fulv. ¡Ay! ¿qué haré yo?

Val. Tu propia en sus razones
inferirás quien es.

Fulv. Señor, un reo
mejor à solas con su Juez se explica:
yo me retiro.

Val. No te vayas.

Max. Ecio llega ya.

Fulv. ¡Dioses!

Val. Sientate á mi lado.

Fulv. ¿Señor, siendo vasalla, cómo puedo?

Val. Ya vasalla no eres desde el dia
que esposa te elegí: ven, porque quiero
acostumbrarte al trono,

Fuvl. No conviene.

Val. Ya lo he determinado; toma asiento.

Max. Obedece las voces de tu padre
y de tu Soberano.

Fulv. Ya obedezco.
Animo, corazon.

Sale Ecio desarmado y rodeado de soldados, y se sorprende.

Ecio. ¡Qué miro! ¿Fulvia *ap.*
la fé que me juró niega tan presto?

Max. Temblando estoy de Fulvia las pasiones. *ap.*

Val. Capitan, llega.

Fulv. ¡Qué fatal momento!

Ecio Sepa yo de que Juez pende mi causa;
¿es él Cesar, ò Fulvia ante quien vengo?

Val. Ella y el Cesar son un Juez; ¿qué admiras?
ya como esposa mia presidiendo

á

à mi lado, autoriza las audiencias.
Ecio. ¡Muger infiel!
Fulv. ¡Ah! pese à mi silencio.
Val. Ecio, escucha; modera por un rato
el implacable y orgulloso genio,
que aprovechar no puede à quien conspíra
contra su Rey: de la traicion el dueño
todos te creen y culpan de infidente,
dando por causas para convencerlos
el repudio de Honoria, el mucho fausto
de tu victoria, haber el paso abierto
à la fuga de Atila; tu jactancia,
tu temerario amor, y en fin tus zelos:
trata pues disculparte, perdon pide,
ò prevente à morir; no hay mas remedio.
Max. ¡Oh destino fatal!
Ecio. Cierto que es, Cesar,
aunque ingenioso, debil el ptetexto.
¿Adonde estan los que traidor me acusan?
parezcan con el rostro tan sereno
como el mio delante de tu vista.
¡Ah, Cesar engañado! como creo
que para condenarme tu eres solo
el testigo y el Juez à un mismo tiempo.
Fulv. El se pierde.
Val. ¿Podré sufrir, di, Fulvia,
vasallo tan indocil y sobervio?
Ecio. Supongamos por cierto mi delito,
pero vamos à ver los fundamentos;
porque de Honoria no admití la mano,
quando yo he dado à costa de mil riesgos
la libertad al Cesar ¿es justicia
que él à mi me la quite, pretendiendo
tiranizar mi amor y mi alvedrio?
que pude traer à Atila prisionero
y no le traxe; asi es, con que debia
à Atila aprisionar; y que con esto
las armas y las fuerzas de la Europa
seguras de contrario tan tremendo,
y de su mayor gloria estimuladas
se volvieran despues contra el Imperio,
que tantos golpes con mi fuerte brazo
sobre ella descargó: ¿de qué guerrero
ha sido tan politico dictamen?
sea otra vez su militar talento
quien dirija tus tropas, si hay soldados,
que en faltandoles yo, sufran preceptos
de otro que no seas tu; porque conozco
quien sóy y mi valor; tambien soy reo:
las almas viles son las que se ignoran,
que à las ilustres, el conocimiento
de que lo son, es quien las estimula
para la empresa de los grandes hechos.
¿Hay otro indicio mas que me acrimine?
Fulv ¡Ah! ¡quien pudiera huir!
Val. Un nuevo exceso
te añade esa defensa temeraria:
sosiegate, modera tus alientos
y disculpate mas.
Ecio. Bastante he dicho;
aunque para explicar mi sentimiento
mas pudiera decir.
Val. ¿Y qué dirias?
Ecio. Que produce tiranos, el que necio
por aliviar ingratos se fatiga:
que mi valor es causa de tu ceño,
ò acaso de tu envidia: y que no entiendes,
pues no los premias, de merecimientos,
Val. ¿A tanto te atreviste?
Fulv. ¡Ay infelice!
Val. Tu mismo apresuraste tu escarmiento.
Fulv. Señor, si evitar quieres mis desmayos,
permite que me vaya, pues advierto,
que mi paciencia irrita tus enojos.
Val. No te vayas; advierte, amado dueño,
la razon de mis iras, y repara
como su pertinacia le tolero,
solamente empeñado en con vencerle.
Ecio. ¡Muger infiel! *ap.*
Max. No mal vá sucediendo.
Fulv. ¡Quien pudiera advertirle de que finjo!
Val. Ecio, de toda culpa estás exento;
no lo dudo; yo soy un ambicioso
de tu valor, tu gloria y tus trofeos,
nada te contradigo; solamente
una respuesta de tu juicio espero;
¿Es rebelde el vasallo, si contrasta
la esposa à su Señor?
Ecio. ¿Y si primero
el Señor se la quita à su vasallo

es tirano?

Val. ¿Qué es lo que dices, necio? ¿conque Fulvia te amó?

Fulv. ¡Terrible lance! *ap.*

Val. Desengañale tu prodigio bello, de si yo he sido tu primera llama, y la ultima he de ser; di.

Fulv. No lo niego. *á Valentin.*

Ecio. ¡Ah perfida! ¡ah perjura! ¡que este golpe faltaba solamente á mi tormento!

Val. ¿Ves como te engañó tu fantasia?

Ecio. No triunfará de mi su facil genio, ni fies de muger tan inconstante: de mi venganza la esperanza dexo en ella misma, y presto persuadido te verás de quien es.

Fulv. Ya mas no puedo fingir. *ap.*

Max. ¡Oh digna hija de tal padre!

Ecio. Maximo amigo; de pesar fallezco; jamás hasta oy vi el rostro á la flaqueza; el corazon se parte: yo à mi mesmo me desconozco.

Fulv. Mi constancia espira. *ap.*

Val. Fulvia, ¿qué tienes?

Fulv. Retirarme pienso, Señor, porque ya falta tolerancia para sufrirle.

Val. Aguarda.

Fulv Yo te ruego, que retirar me dexes de su vista, que no le quiero oír

Val. No lo consiento: desprecia su furor, y por mi gusto y su pesar tu labio placentero vuelva á afirmar que solo á mi me adoras, que suspiras por mi, que soy el dueño de tu alvedrio; dile que impaciente esperas la guirnalda de himeneo.

Fulv. No lo puedo decir porque es mentira; y el bien mio solo es, y á sido Ecio.

Val ¿Muger, que es lo que dices? soy de marmol.

Max. ¡Ay infelice de mi! *ap.*

Ecio. ¡Oh amado acento!

Fulv. Basta de disimulo; que es infamia en quien le sobran brios para el riesgo; hasta ahora fingí por aplacarte y librar del injusto, del funesto suplicio la inocencia de mi esposo, aconsejada solo de vil miedo: mas oy de mi valor aconsejada vuelvo à decirte que por él me muero, y que antes, Cesar, que à otro dé la mano, daré al cuchillo el obediente cuello.

Ecio. Ya puedo respirar.

Val. ¿Donde estoy, Dioses? mas que el valdon irritan los desprecios.

Ecio. Mire si me engañó mi fantasia.

Val. Apenas con la voz ayrado encuentro; ¡ah temerario! ¡ah ingrata! ¿merecian tal castigo mis finos sentimientos, muger infiel? responde::- mira, amigo; la lealtad, el amor que à tu hija debo.

Max. ¿Donde aprendiste, fiera, à ser ingrata? ¿asi del padre imitas los exemplos? asi profanas::-

Fulv. Padre, en paz me dexa, y no me irrites mas, mira que el freno de la lengua perdido decir puede::-

Val. ¿Qué mas puede decir?

Max. Si habla me pierdo: Señor, pues me contiene tu presencia, permita que huya de tan vil objeto, donde jamás ver pueda que en oprobrio de mi lealtad y afrenta de mi zelo alimenté tal hija! ¡oh malogrado golpe, á quantos peligros me has expuesto! pero mi propia mano en el segundo el descuido corrija del primero. *vase.*

Val. Múger ingrata, indigna de tal padre, rebelde à tu Señor, vete, advirtiendo que me sabré vengar si me aborreces; y pues te soy odioso: aunque algun tiempo vengas arrepentida; en mi entereza verás ocioso tu arrepentimiento.

Fulv. No asi te lisongees, ni lo esperes, que yo nunca te amé, tirano fiero.

Val. ¿Iguoras mi poder, y acaso ignoras que te puedo hacer mia à tu despecho?

Des-

Fulv. Despues de muerta ; que matarme puedes;
mas no hacer que te tema : otros mas fieros
temores vencer sabe mi constancia.
Val. Ola guardias ; quitad ese perverso
de mi presencia;y en prision mas dura,
cercado de las sombras y los yerros
aguarde el exemplar de mi justicia.
Ecio. Las cadenas al fin y el vilipendio
con que premias mi honor , en el obscuro
padron de la crueldad te harán eterno.
Val. Llevadle.
Fulv. ¡Oh Dioses! aguardad , soldados,
no le lleveis : Señor , si tus afectos::-
Ecio. ¿Mi bien , qué vas à hacer?
Fulv. Quando se trata
de tu vida y tu honor qualquiera estremo
de arrogancia es un paso hácia el sepulcro:
el Cesar es humano : ablande el ruego
su obstinacion : humilla tus fervores
arrogantes : tributa por obsequido
à su clemencia tu inocente vida,
pidiendo la reserve hasta que él Cielo
descubra la calumnia: ¡oh! ¡nunca sea *ap.*
descubierta , pues es mi padre el reo!
Emperador invicto , de él te apiada,
ò reparte conmigo sus tormentos.
Val. Es tarde; ha de morir, y con tu llanto
mas que aplaco mis iras , las enciendo.
Ecio. Complacete en buen hora con mi muerte,
pero mientras envidia mi contento
de que aquel corazon es solo mio.
Esta es felicidad , este es trofeo,
cuya comparacion es imposible:
de Atila el prodigioso vencimiento
fué triunfo debil à este comparado;
no le igualan las glorias del Imperio,
ni de Tiro y Zeilan las abundancias;
ni quanto en si produce el Universo,
de hermoso , de feliz y de apreciable.
Solo él puede ser copia de si mesmo.
Val. Sugetad ese loco ; ¿qué os detiene?
Fulv. Señor, suspende el infeliz decreto.
Ecio. Del mas publico modo y mas impio
se sacie tu furor ; que nada temo.
Fulv. ¡Ah! no ; calla , mi bien ; no asi le irrites.
Val. Perfido.
Ecio. Ingrato.
Fulv. ¡Oh qué fatal momento!
Val. Abreviad , luces , el infausto dia.
Ecio. Mi bien , quedate en paz que ya te dexo,
guarda fidelidad y feliz vive,
pues muriendo por ti yo feliz muero.
Fulv. Aguarda , oye.
Ecio. No me compadezcas.
Fulv. ¿Es posible , Señor, que no hay remedio?
Val. No le hay , sus traíciones y su orgullo
es justo castigar.
Los. 3. Piadosos Cielos,
para aplacar mi barbaro destino,
dadme favor , ò dadme sufrimiento.

ACTO TERCERO.

Honoria , y despues Ecio encadenado.

Hon. Guardias, traed à Ecio luego al punto;
este anillo real sirva de seña
de la orden de Augusto ; su peligro
es quien hace mi llama mas violenta.
Porque la compasion de sus desgracias
en mi alma à quererle ya propensa,
de sus meritos grandes seducida
degenera en amor , y es que la fuerza
de esta pasion se sirve de las otras
por pabulo del fuego que la esfuerza.
Pero ya viene; ¡que arrogancia trae!
¡con que serenidad se me presenta!
imposible es que en él se encuentre culpa,
si el semblante es del alma señal cierta.
Ecio. Mirad, Señora , ved de vuestro hermano
los premios ; mirád como paga el Cesar

la sangre, que regando la campaña,
laurel produxo para su cabeza:
¿quién pudiera creer que el que ayer tarde
pisó el carro triunfal, ahora se vea
(con solo el intervalo de una noche)
convertidas las palmas en cadenas?
Hon. Qualquier mortal está de la fortuna
sugeto à la inconstancia de su rueda;
el primero no eres, que agraviado
de sus rigores barbaros se quexa;
y aun tu menos razon para quexarte
tienes, pues si la suerte te es adversa,
tambien te ofrece placido camino
por donde evites del rigor la fuerza.
Cesar à instancias mias te perdona;
y quiere que à su gracia tambien vuelvas.
Ecio. ¿Es posible?
Hon. Si lo es, y solo quiere
que tu de tanto don en recompensa,
los complices declares y la trama
de la conjuracion.
Ecio. ¿Y que, pequeña
juzgas, Honoria, que es esta demanda?
eso es decirme tu que quiere el Cesar,
que yo siendo inocente me haga reo
por testimonio de mi boca mesma,
y que el mundo le juzgue generoso
à costa de mi honor y mi inocencia.
El bien conoce las obligaciones
que me tiene, y à visto muchas pruebas
de mi fidelidad, amor y zelo;
y pretende que yo reo parezca,
ò quede muerto para verse libre
del cruel torcedor de la verguenza.
Hon. Si tu eres inocente, tus escusas
han de ser mas humildes y modestas,
y considera bien que esta arrogancia
puede darte la culpa que no tengas.
Ecio. La libertad, Honoria, es despreciable
si ha de costar al hombre una vileza.
Hon. Eso es apresurarte tu suplicio.
Ecio. Y bien: la infamia, el padecer la afrenta
no igualan à la afrenta y à la infamia
de cometer la culpa: y pues que de esta
los Cielos han querido reservarme;
suplicios no acobardan mi entereza.
Hon. Pero vas à morir.
Ecio. ¿Y qué, la muerte
me puede acobardar? espero en ella
verme libre del trato aborrecible
y los malvados que hay en esta esfera.
Hon. Mira, Ecio, que en obsequios de la patria
corta fué de tu vida la carrera.
Ecio. ¿Corta? ¿qué es lo que dices? no por años
se ha de medir mi vida: las empresas
que ha logrado mi brazo victorioso
de muchos siglos ser honor pudieran:
los que pasan la vida inutilmente
entre el ocio y placeres nunca crean
que su vida es bastante; mas quien siga
de mi valor las nunca vistas huellas,
aunque su vida sean pocas horas,
puede llamar su duracion eterna.
Hon. Ecio, ya que de ti piedad no tienes
tenla de una muger que llora y ruega.
Ecio. ¿Qué me dices, Honoria?
Hon. Yo te adoro,
y estando de perderte ya tan cerca,
sacrificar no quiero à mi decoro
el debil desahogo de la lengua.
Ecio. Y tu, que me aconsejas humildades,
con esto solo mi altivez alientas:
¡oh si pudiera con amor pagarte
de mi agradecimiento tanta deuda!
debo morir por no vivir ingrato,
quando me siento herido de otra flecha.
Hon. Vive, ingrato; despreciame si quieres;
pero vive à lo menos, y si esa
vida porque la adoro te es odiosa;
busca muerte mas noble en la palestra
de Marte; con las armas en la mano
corre á morir, pero con fama excelsa.
Ecio. En la guerra de flechas traspasado,
ò en el cadalso muerto con violencia,
rodeado de invictos Adalides,
ò entre verdugos, siempre será escuela
mi muerte en donde aprendan los mortales
qual ha de ser de un noble la entereza:
mira mi rostro, mira si el semblante
me

me acusa de culpado : si tubiera
valor para pensar tan baxamente
tanta serenidad en mi no vieras. *vase.*

Hon. ¿Quién pudiera creer tanta constancia?

Sale Valentiniano.

Val. ¿Dime, cómo has salido de tu empresa?

Hon. Nada alcancé.

Val. Lo habia yo predicho:
ningun indicio hay que le defienda.

Hon. Inocencia demuestra su semblante.

Val. Todo es obstinacion, todo soberbia:
ha de morir.

Hon. Primero reflexiona
quanto tu vida con su muerte arriesgas;
mejor será probar otro camino
que asegure tu vida.

Val. ¿Yá, que prueba
queda que hacer?

Hon. La principal de todas
que es el amor de Fulvia, à quien con ciega
pasion adora, y ofrecer su mano
que es el medio mejor.

Val. Hermana, cesa,
¿cómo quieres que à costa de mis ansias
ofrezca á Fulvia?

Hon. No lo propusiera
sino te lo apoyára con mi exemplo;
à Ecio adoro.

Val. ¿Pues cómo? ¿y me aconsejas
que con Fulvia le case?

Hon. Sacrifico
mi gusto por guardar tu vida; sepan
tus vasallos, venciendote à ti mismo,
que excede al valor de Ecio el de su Cesar:
que el vencer la pasion y el amor propio
es prodigio de humana fortaleza. *vas.*

Val. Ya es preciso imitarla, y que mi brio
à Honoria iguale ya que no le exceda:
ola: llamad à Varo; sino cede
de mi piedad à tan extraña prueba
su pertinacia; tema mis furores,
tema mi indignacion, mi enojo tema,
que el bolcan vengativo de mis iras
reducirá à cenizas su sobervia.
¿Despreciar de mi hermana el casamiento?
¿hablarme à mi arrogante? muera, muera:
¿pero qué es lo que digo? los Monarcas
substitutos de Dios son en la tierra,
y pues sus iras antes de los rayos
la lluvia envian placida y serena;
yo tambien antes que use los rigores
quiero usar de los medios de clemencia.

Sale Varo.

Var. ¿Qué me mandas, Señor?

Val. Oye aqui aparte.

Sale Maximo.

Max. Suerte,
no desampares mis ideas. *se detiene.*
¿qué orden oculta à Varo comunica?

Val. Como te digo; si de mi presencia
Ecio saliese sin que yo à su lado
acredite en mi agrado su inocencia;
di que le maten nuestros confidentes:
dirán que soy cruel, mas esto es fuerza
para vengar en él tales traiciones,
y la alianza civil que se sospeha
por tan justos motivos con Atila.

Var. Todo se hará, Señor, como lo ordenas. *vase.*

Val. Traed al reo. *á la Comparsa.*

Max. Ya, Señor, tranquilo
todo el pueblo tus ordenes respeta;
ya, Cesar, tus justicias engrandece
todo vasallo fiel, y ansioso espera
ver como con la muerte de un malvado
los perfidos rebeldes escarmientan.

Val. No, Maximo; no quiero usar rigores,
mejor con el cariño se refrenan
sobervias ambiciones: ¿quién la mano
que le colma de bienes no respeta?

Max. Señor, ¿pues cómo?

Val. Calla, que Ecio viene.

Max. ¿Quien le habrá aconsejado que de él tenga

pie-

piedad tan exquisita?

Sale Ecio.

Ecio. Yo pensaba
ir de la carcel à la muerte fiera,
y hallo peor suplicio que la muerte
al ver que estoy de Augusto en la presencia.

Val. ¡Qué audáz! Ecio, ya es tiempo que olvidemos
los pasados disgustos; una prueba
de tu amistad te pido solamente.

Ecio. Ya sé lo que me quieres; à esta mesma
prision Honoria vino; habló conmigo:
ella puede decirte mi respuesta.

Val. No sabe Honoria lo que yo te ofrezco.

Ecio. La libertad, la vida, la primera
confianza de Augusto.

Val. No te dixo
de mi amistad aun la mayor fineza.
Esta prenda te ofrezco.

Señalando à Fulvia que sale al mismo tiempo.

Ecio. ¿Fulvia, cómo?

Max. ¿Qué será? mil temores me rodean.

Ecio. ¿Es verdad, ò ilusion? estoy soñando?

Sale Fulvia.

Fulv. Señor, aqui me tienes, ¿que me ordenas?

Val. Solamente que escuches y que calles.
Ecio, ¿que te sorprenden mis ofertas?
Fulvia es el don que liberal te otorgo.

Ecio. ¿Señor, y como puedo merecerla?

Val. Yo mismo te prevengo las disculpas;
pues hombre que de amor tubo las vendas;
bien sabe disculpar las ceguedades
quando vé que el amor es causa de ellas.
Los complices declara solamente
de tu conjuracion, porque con esta
diligencia yo quede asegurado,
y tu de mi piedad los frutos veas.

Ecio. Poned nuevas esposas à mis manos,
acrecentad de nuevo mis cadenas,

A las guardias.

guiadme à otra prision mas horrorosa,
que al escuchar tan barbara propuesta
avergonzados quedan mis oidos;
aborrezco la vida; y las estrechas
angustias de un helado calabozo
parece que me alivian y consuelan.

Fulv. ¡Ay de mi! *En accion de entrarse.*

Val. Aguarda; ¿y que, por callar solo
la libertad y vida asi desprecias,
y de Fulvia el amor dexas, ingrato?

Ecio. Mi vida y libertad, aunque pudieran
ser apreciables á quien necesita
de mi valor que acabe sus empresas;
yo nunca las juzgué por tan preciosas
que las comprase à costa de vilezas.
De Fulvia el corazon sé que le tengo;
pues aunque puedes con injusta fuerza
privarme de su mano; no es posible,
que de su corazon sacarme puedas.
Si el conseguirla habia de alcanzarse
à costa de la sangre de mis venas;
alegre correria à derramarla,
¿pero à costa de infamias? ¿qué digera
el mundo viendo à Fulvia dár la mano
à un perjuro? no sufro tanta afrenta.

Val. Ya llegó el caso: guardias.

Fulv. Tus rigores
sean contra mi vida heroico Cesar.

Val. Guardias, quitad à Ecio las prisiones,

Ecio. Señor::-

Fulv. ¡Qué veo!

Max. ¡Oh Cielos!

Val. Tu inocencia:
se dexa conocer en tu constancia,
ya desde aqui adelante libre quedas;
Fulvia es tuya. El rigor de las prisiones
compensaré con gracias de mi diestra.

Ecio. Dexa, Señor, que mis humildes labios
besen la augusta estampa de tus huellas.

Val. Alza del suelo, y vé sin detenerte
à donde el pueblo ya libre te vea,
pues todos cuidadosos de tu vida
están por verte llenos de impaciencia.

Ecio. ¿Cómo puedo, mi Rey, agradecerte?:-

Val. Vé al instante, no en eso te entretengas:
que mis dones no bien has conocido.

Ecio. Yo por corresponder á tan excelsa
dignacion, esta vida que me has dado
he de sacrificar en tu defensa;

y mas que en los clarines de la fama
resonará tu gloria en mis proezas. *vase.*

Max. Ya no queda esperanza.

Fulv. Generoso
Monarca, si cupieran en mi lengua
expresiones bastantes que explicáran
como agradezco una piedad tan nueva;
mi gratitud tubiera desahogo:
pero pues imposible es esta empresa,
besaré confundida la real mano
del benefico Principe.

Val No; espera
y hasta que se completen mis favores;
dexa la gratitud.

Max. Tanta clemencia
(ò Cesar) puede seros perniciosa.

Val. Ya verás que conviene. Varo, quedan
cumplidas ya mis ordenes?

Sale Varo.

Var. Ya Ecio
cadaver yace en esta obscura pieza,

Fulv. ¿Qué dices?

Var. Al salir; los mas leales
soldados le esperaban con cautela
y de la obscuridad favorecidos
le asaltaron sin que el librarse pueda,
y con tal prontitud le dán la muerte,
que no tubo lugar para la quexa.

Fulv. Yo fallezco.

Max. ¡Oh fortuna no esperada! *ap.*

Val. Varo, corre, y con toda diligencia
oculta los vestidos y el cadaver:
cuyda de que su muerte no la sepan
sus sequaces.

Var. Ya voy à obedecerte. *vase.*

Val. ¿Fulvia, porque no aplaudes mis finezas?
¿no me llamas Monarca generoso?

Max. Perdonadla
un triste desahogo de su pena.

Sale Honoria.

Hon. Cesar; feliz noticia::-

Val. ¿Porqué causa,
Honoria, es la alegria que demuestras?

Hon. Sabed, Señor, que Ecio ès inocente.

Val. Cómo::-

Hon. Emelio lo ha dicho: que en la pieza
mas retirada de mi quarto huyendo
à noche se escondió, y en mi presencia
ha jurado que Ecio no es culpado;
tan cercano à la muerte no mintiera.
De otro es la culpa.

Val. ¿Pero no te dixo
quien le dió á él una orden tan perversa?

Hon. Solamente me dixo que era otro.

Fulv. ¡Ah credulo Monarca! ¡fuerte pena!
no era mi esposo infiel (Principe injusto!)
era el unico apoyo de tu diestra:
era el mayor escudo de su patria,
era de las naciones mas adversas
para tí el envidiado y el temido:
era el compendio de la fortaleza
y de la heroicidad::- ¿mas de que sirve,
si ya no es decirte lo que era?
¡oh esposo desdichado! ¡oh triste hado!
de los que mas estimas, que una ofensa
de tí en amor habia recibido.

Val. ¿Y su nombre no dixo?

Hon. No, que apenas
esto pudo acabar, y quando iba
á pronunciar su nombre, ya la lengua
anudada, presagio de la muerte,
al seco paladar pegada queda.

Fulv. ¡Oh desventura! *ap.*

Max. ¡Oh riesgo!

Fulv. Di ahora,
¿era traidor mi esposo? ¿vés como eran
pretestos que ocultabas en tu envidia
los fingidos delitos que pretestas?
ahora te afliges? ya de que le sirve
este llanto infructuoso, ni esa quexa,
¿quien le dará la vida que inhumano
le quitaste con barbara fiereza.

Hon. ¿Qué dices? ¿Ecio há muerto?

Fulv. Si: este injusto
este homicida le mató: Princesa,
huye de sus furores, pues cebado
con horrorosa furia en la inocencia,
solo de sangre humana está sediento,
y en verla como un rio se deleita:
ni á los heroes perdona su venganza:

ya

ya los remordimientos los desprecia:
de humanidad ni aun señal le ha quedado,
pues en ferocidad vence à las fieras:
no está segura, Honoria, tu real vida.

Hon. ¿Y pudiste cruel?::-

Val. ¡Oh grave pena!
no me insultes, hermana; ya conozco
mi error, y le confieso con verguenza;
mis dudas me acobardan, y en ninguno
del traidor puedo encontrar las señas;
yo à ninguno he ofendido.

Hon. ¿Ya te olvidas
del ciego amor y pretensiones necias
con la esposa de Maximo?

Max. ¡Qué èscucho!
ni sombra de esperanza ya me queda.

Val. Yo no creo que Maximo se acuerde
de un error juvenil, quando pudiera
acordarse de tantos beneficios.

Hon. El ofensor olvida las ofensas,
pero no el ofendido que medita
la venganza aunque amigos nos parezcan. *vase.*

Max. Mirad, Señor, que no hay mas fundamento
que un discurso de Honoria.

Fulv. ¡Suerte adversa!
¿no basta con privarme de mi esposo
sin que mi amado padre tambien muera?

Val. A ti solo convienen los indicios;
dixo Emilio al morir, que el traidor era
de los que yo mas amo, que ofendido
por mi en amor estaba.

Ful. Mis ideas
favoreced, piadosos, Santos Dioses.

Val. ¿Quién otro puede ser? soldados, ea::-

Fulv. Barbaro, espera; yo soy la culpada:
yo à Emilio soborné para esta empresa;
tu muerte he deseado y la deseo:
en mí se encuentran bien todas las señas:
á mí, por mi desgracia me quisiste
y ofendiste mi amor, quando la diestra
de mi esposo à tu hermana le ofreciste:
¡oh! sino hubieran sido las estrellas
contrarias á mi intento, ya logradas
mis venganzas y rabias estubieran:
el gusto de mirar roto ese pecho
en que cruel tanta maldad encierra:
ya huviera libertado de un tirano
à mi patria, y al mundo, no rigiera
el Imperio una diestra tan injusta.
¡Oh soñada esperanza! ¡oh suerte adversa!

Max. ¡Ingeniosa piedad!

Val. ¡Yo soy de marmol!

Fulv. Dár yo la vida por mi padre es fuerza.

Val. ¿Tan gran maldad imaginar pudiste?
¿en ti pudo caber accion tan fea?

Fulv. Ecio inocente por mi culpa yace,
no quiero que mi padre tambien muera.

Val. Ya tu fidelidad, Maximo veo.

Max. Yo, Señor, he perdido mi inocencia,
que crimines tan feos, las familias
todas deslustran y las descendencias:
destruyeme, Señor, no me perdones,
porque quando mi hija à pisar llega
de la fé y del honor las sacras leyes
su culpa me hace reo de la pena:
abrid mi pecho, derramad mi sangre,
y lavad de este modo las ofensas,
para ver si se muestra de esta suerte
mi virtud y mi rigida entereza.

Val. Yo me abandono en brazos de la suerte;
¿pues ya que riesgo hay que temer pueda?
qualquier mudanza aliviará mis penas:
no puede ser la suerte mas adversa. *vas.*

Max. Ya se fué: por ti vivo, amada hija!
¡con que pena he ocultado mi terneza!
las lagrimas saltaban à mis ojos
al contemplar en ti piedad tan nueva:
eres tu mi esperanza y fiel apoyo:
ven à mis brazos, hija

Fulv. Aparta, cesa,
no añadas con inutiles lisonjas
causas à mi dolor y tus afrentas.

Max. ¿Qué de mi te retiras?

Fulv. En ti veo,
padre cruel, la causa de mis penas:
bastante es que por librar tu vida
pase yo por la culpa: piensa, piensa,
quanto he perdido por tus crueldades;
qual me pone tu culpa y tu qual quedas.

Max. ¿Pues cómo estorvar quieres, hija amada,

que

que de mí amor los brazos te dén señas?
Fulv. Por Dios te pido, padre, que me dexes;
pasa mi pecho con tu espada mesma;
ésta sola merced pide tu hija,
de librarte la vida en recompensa.
Max. Las lagrimas enjuga, Fulvia mia,
que puesto que la vida me conservas;
te he de pagar tomando una venganza
digna de tu dolor y mis ofensas. *vas.*
Fulv. ¡Donde estoy infeliz! ¿es la que piso
del capitolio la mansion severa,
ò acaso son las playas horrorosas
de Argos cruel y de la injusta Tebas?
Las torpes confusiones de los Griegos;
de Atreo las crueles experiencias,
de Arestes los furores, y de Troya
las sangrientas cenizas se renuevan
para tormento mio en este dia:
con mas horror y barbara fiereza
un zeloso Monarca me persigue:
traidor mi padre de temor me llena,
y quando buscar quiere algun descanso
mi alma, (que de sustos se alimenta)
la sombra amada de mi esposo veo
allá dentro en la imagen de mi idea,
que me dice con lugubres lamentos;
solamente tu amor fué causa de esta
temprana muerte, que de mis laureles
al empezar detuvo la carrera.
¡Con que eficacia la cruel memoria
en su agonia me le representa,
ya furioso por verse asesinado
de una mano traidora que atraviesa
su corazon tan fuerte y tan ilustre!
¡Ya cobarde al mirar que desalientan
los vitales espiritus, le obligan
à dexarse caer sobre la tierra
aborrecida! ya desesperado
de poderse vengar, pedir con lengua
balbuciente, con ojos eclipsados
y torpes ademanes que desciendan
sobre Roma las iras de los Cielos
para vengar su honor y su tragedia:
y ya amante por fin entre congoxas
de que con él sus esperanzas muestran,
y horribles zelos de que con su muerte
han de ser posesiones las del Cesar,
abandonar los brazos y dexarse
morir por no pensar en sus ofensas!
mal hayan mi lealtad y mi silencio,
que son primer motivo de que mueras.
Salvé al Rey de las iras de mi padre:
¡oh momento feliz! ¡oh suerte adversa!
ya faltó, ya no hay luz para mis ojos:
sombras son todas; todo objeto es niebla:
¿á donde iré? ¿donde hallaré descanso?
donde tranquilidad? ¿podrá alhagueña
divertirme la voz del homicida?
¿podrá mi padre remediar mis penas?
mal hayan mi lealtad y mi silencio,
que son primer motivo de que mueras.
Salvé al Rey de las iras de mi padre,
de las del Rey mi padre libre queda;
tanto he sabido hacer, mas no he sabido
dár à tu fiel amor la preferencia.
Ecio mio, ya es tarde: mas no es tarde
para morir contigo: aguarda, espera,
que intrepida, valiente y animosa,
del Aqueronte triste la rivera
quiero pasar contigo: no te vayas,
que ya sigue mi alma por tus huellas:
¿Pero qué es lo que digo? la congoxa
con vanas aprensiones me atormenta,
y la muerte que hoy tantos han hallado
à mi me huye: ¡ah cruel estrella!
Jupiter soberano, un rayo ardiente
reduzca mis desgracias à pavesas. *vase.*

Capitolio antiguo con galerias de columnas, escaleras en el fondo. Sale Maximo sin manto, y con espada desnuda seguido del pueblo.

Max. Horrorizese Roma y todo el mundo
á vista de maldad tan execrable.
El vencedor de Atila, el valeroso
apoyo de la patria, el formidable
terror de nuestros fieros enemigos,
ya está bañado de su propia sangre;
no derramada, no, por las heridas
que recibió quando corrió triunfante
conduciendo del uno al otro polo
nuestros siempre invencibles estandartes,

sino por el cruel è infame golpe
de un verdugo, que obrando de cobarde
á traícion le mató, pues cara á cara
mortal no hubiera que lo executase.
¿Y sabeis de que mano fué el decreto
injusto? no es posible imaginarse.
Augusto fué quien le mandó dár muerte:
increíbles parecen sus maldades.
Aquel que de su mano há recibido
tantos laureles que su sien esmalten;
aquel que de su infamia está vengado
por Ecio tan á costa de su sangre.
Este le hizo matar, porque envidioso
miraba su valor inimitable:
asi premia un tirano los servicios,
asi paga el amor con crueldades.
¿Qué es esto, pues Romanos? ¿cómo ociosos
y tranquilos nosotros al mirarle
executar tan barbaras acciones,
no tomamos venganza? las Deydades
que en este sacro capitolio habitan,
y vieron que zelosos nuestros padres
la libertad de Roma restauraban
con romano valor, digno corage,
al vernos tan cobardes y remisos
condenan nuestros brazos; inflamadles,
si, airado Jove, con el rayo ardiente:
es de Roma el apoyo, no cobardes
dudemos un momento; de los Cayos
y los Brutos es tiempo de acordarse:
si aquellos libertaron á la patria
de la ambicion de un Cesar, hoy mas grandes
motivos nos asisten: aquel quiso
la dictadura para si apropiarse,
pero habia ganado en la campaña
laureles que le hacian arrogante;
pero este injusto para si pretende
glorias que á otros costaron los afanes,
dandole al vencedor en recompensa
la muerte: ¿quien tal sufre? en el instante
Ecio vengado há de quedar; mi brazo
es bastante, Romanos, á vengarle;
yo obraré como hijo de Quirino
aunque á vosotros mi exemplar no inflame.
Venid todos conmigo.

Sale Varo.

Var. ¿Dónde corres?
Max. A libertar á Roma del ultrage
que padece, y del yugo en que oprimi-
da
ni aun de si misma podrá ser imagen
ò sigue mis designios, ò no quieras
oponerte; que el brazo formidable
que á matar al tirano se prepara;
se ensayará en tus debiles estambres.
Var. Este malvado al Cesar persuadia
diese á Ecio la muerte, y ahora infam
todo el pueblo concita á la venganz
mas no temo sus iras execrables,
pues la sagrada vida del Monarca
tiene esquadras de genios tutelares.
¿Pero qué es lo que escucho?
Ruido dentro de espadas.
Dent. Muera el Cesar.
Otro. Que dió la muerte á Ecio.
Dent. Val. No cobardes
presumais desarmarme, que mi brio
sabrá daros la muerte.
Var. ¡Fuerte lance!

*Sale por una parte Valentiniano con espa-
da desnuda defendiendose de los conju-
rados, y por otra Maximo tambien
con espada en mano: esto será des-
pues de un reñido choque.*

Val. ¡Ah traidores! vén Maximo; tu zel
necesito en mi ayuda.
Max. Será en valde;
deteneos, soldados, que yo quiero
matarle por mi mano.

*Fulvia sale apresurada, y para detener
à Maximo se pone en medio.*

Fulv. ¿Señor, qué haces?
Max. Castigar de un tirano los errores,
vengarte á tí, á tu esposo y á tu madre
Fulv. Mi pecho será escudo que su vid
defienda de tus golpes, que aunque agr
vie

á mi esposo, por fin es mi Monarca,
y como tal es fuerza respetarle.
Val. Todo quanto me pasa son asombros:
Maximo à herime viene, ¿y á estorvarle
sus intenciones Fulvia? ¿cómo es esto?
Max. Si, Cesar; ya no es tiempo de engañarte:
yo solo he sido siempre tu enemigo,
que Fulvia solamente por librarme
se culpó; pero ahora que ya Emilio
el golpe erró, sabré yo asegurarle.
Muera Cesar, Romanos.
Dent. Var. Cesar viva.
Fulv. ¡Oh! acaben, Dioses, tantas crueldades. *vase.*

Se entran riñendo los conjurados y leales, y despues de un choque sale Valentiniano defendiendose de Maximo y otros.

Val. Por mas que con astucias de la vida
me querais despojar, de las Deidades
no podreis contrastar á los decretos:
pero ¡ay de mi! la espada::-
Max. Muere.

Quando Maximo le vá à matar sale Ecio con espada desnuda y se lo estorva, y con él Varo y soldados.

Ecio. Antes
morirán los traidores que pretenden
de su Monarca derramar la sangre.

Los soldados que salieron con Ecio hacen huir à los conjurados, y queda Maximo entre los soldados que le desarman.

Max. Ya no hay mas que esperar; ¡tirano Cielo!
Val. ¿Qué es lo que miro? ¿Ecio: que Deidades
conservaron tu vida?
Ecio. Varo ha sido
quien piadoso há querido conservarme.
Sal. Hon. ¿Cesar?
Sal. Ful. ¿Señor?
Val. Mirád quien me defiende.
Fulv. ¿Esposo mio?
Hon. ¿Qué felicidades
pueblan el asombrado Capitolio?
Fulv. ¿Es ilusion?
Val. Procura recobrarte,
que no es ilusion; es un exemplo, Fulvia,
de como el Cielo en casos semejantes
hace que las virtudes resplandezcan
y aparezcan los vicios detestables;
y asi, yo en nombre suyo, para el premio
y el castigo resuelvo que tu enlaces
la venturosa mano à la de Fulvia,
que Honoria à ser de Atila se prepare,
y que vaya al suplicio este malvado.
Ecio y Fulv. Señor, vuestro perdon::-
Val. No hay que esperarle;
pues aunque en su castigo mi clemencia,
y estas intercesiones se desairen,
no es posible indultar à un regicida
un tan feo delito abominable,
tan horroroso quando queda impune,
ò piadosa se arriesga à tolerarle
la indiferencia, ofende à la Justicia,
dexa las consequencias mas fatales
en el exemplo, y el Monarca expone
trono, respetos y tranquilidades.
Vaya à morir.
Fulv. Conozco tus ofensas,
pero si en tan gran dia::-
¡ay de mi! al padre::- *Se desmaya.*
Max. Ya, Cesar, has triunfado de mi vida
y de mis iras justas y fatales;
pero el mundo verá que mis furores
no perdonan la victima; y asi, antes
mi brazo armaré yo contra mi pecho
que tu justicia contra mi se arme:
yo propio quiero hacer el sacrificio
de mi barbaridad à mi corage,
y buscar del abismo en las mansiones
la paz que me negaron los mortales.

Entrase hiriendose con el puñal.

Fulv. ¡Cielo Santo!
Val. Ocultád por ahora à Fulvia

su

su desesperacion y su cadaver.

Fulv. ¿Dónde mi padre está?

Mirando ansiosa.

Val. Sin duda huyendo
fué donde mis rigores no le alcancen.

Ecio. Señor, á Varo que me diese
la vida, perdonád.

Val. Tu has de premiarle,
tesorero de todas mis acciones,
riquezas, gracias y felicidades;
Honoria cuida á Fulvia tu, entretanto
que se disponen las pompas nupciales
de sus felices bodas y las tuyas.
Y vosotros, ò Dioses inmortales.
que de Roma velais en la tutela;
proteged el Imperio, y liberales
sobre Ecio derramád vuestros favores,
pues no hay premio en la tierra que le
baste.

Todos. Y el prudente auditorio disimule
premiando liberal nuestros afanes.

FIN.

Barcelona: Por la Viuda Piferrer, vendese en su Libreria, administrada por Juan Sellent; y en Madrid en la de Quiroga.